

E $\int$ A VARIABLE LLAMADA TIEMPO

No recuerdo mi primer paseo por Ciudad Universitaria. Hace ya más de treinta años que no pisaba Avenida Complutense y, sin embargo, cada paso, cada pisada, me trae cientos de recuerdos. El paisaje primaveral de mediados de abril me invade de nostalgia, me hace recordar aquellos esplendorosos años de estudiante. Mi cuerpo, ligeramente curvado hacia adelante y con la piel notablemente más rugosa que antaño, se adentra en la plaza Ramón y Cajal.

Me planto frente a “Los portadores de la antorcha”, en mis tiempos por todos conocida como “la estatua del caballo”. Mis ojos vislumbran dos figuras visiblemente contrapuestas. Un cuerpo esbelto, enérgico y de lustroso porte monta un caballo de similares características. Por un momento veo reflejada en él mi época universitaria, llena de fuerza, valentía y ganas de adquirir conocimiento. Bajo ligeramente la mirada. Me encuentro un cuerpo ajado, moribundo que, desde el suelo, entrega una antorcha al primero. No puedo evitar reflexionar. El tiempo no presenta clemencia para nadie y, con pesar, siento que tampoco para mí. Puedo verme plasmado en la figura que, desde el suelo, abatido, ve cómo una nueva generación lo sobrepasa. Exhalando un hondo suspiro, alcanzo a leer la inscripción que luce bajo la estatua:



*“El hombre lleva la sagrada antorcha
de la fidelidad por las candentes
arenas del desierto de los tiempos...”*

Levanto la vista al cielo. De pronto, atónito, veo cómo el jinete me mira fijamente.

- ¿Qué puedo hacer por tí? - me pregunta con voz imponente .

Por un momento no doy crédito a lo que veo, aunque acierto a articular alguna palabra.

- Eres privilegiado... Fuerte y joven de por vida, inmune al paso del tiempo- respondo.

La estatua se muestra pensativa y me insta a subir con la mano. Monto en su caballo. Me ofrece su antorcha, que sujeto firmemente. El jinete se baja de un salto. Se despide y paso a paso se aleja del lugar por su propio pie. Impertérrito siento como mi piel se torna grisácea mientras mis dedos quedan inmóviles. Poco a poco todo mi cuerpo queda endurecido e, impotente, siento cómo pierdo la movilidad por completo. Con impotencia y resignación veo cómo quedo convertido en fría piedra.

Ahora reflexiono acerca de lo absurdo de la vida de quien todo lo tiene y no es capaz de apreciarlo. Aquí permanezco, a la espera de algún otro infeliz que quiera tomarme el relevo.